



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

NYDIA

Hermosa cupletista
como salta, señores, á la vista.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS DE OTEYZA

Flores místicas.

EDUARDO ZAMACOIS

Deuda de odio.

CÉSAR JALÓN

Yo, especialista.

JOAQUIN BELDA

Los dos papás.

N. SAN JOSÉ

Una insinuante.

TOVAR, DEMETRIO

Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de
Nydia y Raquel Meller.

5 céntimos



SECCION VERMOUTH

EL caso de Zsambek pequeña población cercana á Budapest, es muy curioso y un tanto aprovechable para una opereta con música de cualquier genio contemporáneo.

Sobre la tranquila urbe del Mediodía de Hungría cayó días atrás una invasión de mujeres guapas. Era una caravana de jóvenes balcánicas, que huérfanas de protección por los estragos de la guerra, habían emprendido un éxodo por el país fronterizo en busca de acomodo.

EL TONTO DEL PUEBLO



Bila (mirando al idiota).—¡Qué pedazo de tonto!
El idiota.—¡Pos míe que usté!..

La aparición de aquel apetitoso cortejo femenino en Zsambek, produjo el efecto de una revolución. Los hombres, al ver tanta mujer descacharrante se encabritaron como potros en época de encaste, y las vecinas aterrorizadas, acudieron en furibunda manifestación ante el alcalde pidiéndole que echara de allí á aquellas intrusas extranjeras que venían á robarles la tranquilidad del hogar conyugal.

El húngaro que hace de vizconde de Eza en Zsambek, y que no sé si también es sociólogo y agricultor como nuestro alcalde, convocó al Concejo para tratar del grave asunto. ¿Qué pretendía aquella nube de cursucantes hembras balcánicas que tan balcánicas pasiones habían inspirado á sus administrados?

Y ordenaron que en el acto se le presentase la que hiciese de caporala de la expedición invasora. Al decir del corresponsal que trasmite esta noticia, era una moza despampanantemente hermosa con cada ojo como un reflector y cada glándula pectoral como una pelota de goma de las más macizas y desarrolladas. Verla y dedicarle un romance la mar de castizo uno de los ediles que es una especie de Antoñito Casero de aquella localidad, fué obra de un instante.

—«Señores—dijo la interpelada—. Nosotras, no hemos venido á este pueblo á nada malo y prueba de ello es que entre las 120 que formamos la caravana tenemos un capital de seis mil coronas que yo en nombre de todas entrego á la municipalidad para que atienda con ellas á nuestro sostenimiento hasta que encontremos cada una una honrada ocupacion.»

Estas sencillas palabras produjeron general estupefacción en el Cabildo de Zsambek, el que después de mucho deliberar acordó llamar también á las directoras del movimiento revolucionario femenino y las trasmittieron las manifestaciones hechas por la leader de las bellas invasoras.

Al principio hubo sus más y sus menos,

pero, ante la idea de que no era cosa de desperdiciar las seis mil coronas que aquellas lindas extranjeras traían, á cambio de hallar todas ellas una ocupación honrada, se acordó que cada vecino casado se llevase á su casa una de las balkánicas y cincuenta coronas por hembra.

Y aunque el corresponsal no lo dice, yo estoy seguro de que aquella misma noche las 120 mujeres hermosas que huyeron á Zsambek en busca de ocupación, estuvieron todas ocupadas, ó son unos solemnes imbéciles los vecinos de la pintoresca población húngara.

¡Mira que si diese la casualidad de que los balkanes estuviesen en las afueras del Puente de Toledo!

Casi á la vez que el telégrafo nos comunicaba el caso de Hungría, la prensa extranjera se hacía eco de otro caso más estupendo, absolutamente «hoja parresco»: el caso de Filadelfia.

Los pasados temporales habian causado multitud de víctimas: millones de hombres y mujeres, sin trabajo, se morían de hambre y de frío, y para acudir en su socorro, una respetable sociedad aristocrática organizó fiestas de Caridad. Consistía una de ellas en un baile monstruo, con grandes atracciones, que logró entusiasmar á las gentes en términos que, á los dos días de anunciarse la venta de billetes, se habian expendido más de cuatro mil. Y aquí vino el conflicto, ¿dónde encontrar un local capaz para contener tanto danzante?

Pero un gran fabricante de artículos de seda vegetal, vino á sacar del apuro á los organizadores de la fiesta. El cedía una inmensa nave de su fábrica, donde no cuatro mil, sino diez mil personas tendrían holgado acomodo, y haría más: la adornaría espléndidamente convirtiendo la nave en encantador salón, tapizado con un nuevo producto de seda de su casa, que llamaría la atención por su excelente tejido y belleza de los dibujos completamente

nuevos. Como se ve, el tío es un yanki en toda regla; se sabe hacer el reclamo de un modo maravilloso.

Llegó el día señalado y, en efecto, la nave de la fábrica estaba sorprendente. El hombre febril habia cumplido su palabra, derrochando kilómetros de seda, siquiera ésta fuese completamente artificial.

Comenzada la danza, las personas graves y circunspectas que concurrían á la fiesta, hubieron de observar, con gran asombro, que al segundo ó tercer baile, y

UNA ADVERTENCIA



Ella.—Oye, rico; le he dicho á tu sobrino que cuando quiera se pase por aquí.

El.—Buena, mujer, pero cuando hables mira bien dónde pones las manos.

como si obedeciesen á una consigna, todas las parejas, haciendo demostraciones de que sentían un calor extraordinario, se aligeraban rápidamente de ropa, arrojando ellos sobre los divanes próximos sus fraques y chalecos y haciendo ellas lo propio con los corpiños descotados. En seguida se enlazaban estrechamente y daban frenéticas vueltas. Parecían poseídos de algún extraño influjo, que les hacía unirse cada vez más... Vamos, que les entraba un deseo de... jeso, ya me entienden ustedes, oh, castos lectores!

Aquéello era para escandalizarse y con razón. Pero no pararon ahí las cosas, sino que á poco, el contagio fué general. Ya no eran los que danzaban, sino los que tranquilamente presenciaban el baile. Era



El.—Bueno, feísimo; ¿quieres ó no acostarte? ¿

E.la.—Si me va á ocurrir lo que hace media hora... soy tu esclava.

una excitación inexplicable, que á jóvenes y viejos embriagaba por igual, haciéndoles entonar, *in mentis*, por lo menos, un himno á la madre Naturaleza. Hubo vértigos, ataques convulsivos..., etcétera, etc., hasta que á un alma caritativa se le ocurrió abrir de par en par puertas y ventanas, y ya con el aire fresco de la calle, renació la tranquilidad en aquella asamblea de orates excitados por la lubricidad.

Avergonzadas, muchas huyeron al darse cuenta de lo que habían hecho y, pronto la fiesta terminó, entre los naturales comentarios.

Después de no pocas investigaciones, se averiguó la causa de aquel extraordinario suceso. ¡Era el nuevo producto de la fábrica con que su dueño había adornado la nave convertida en salón de baile!

Según un químico que explicó el enigma, en la preparación de los componentes para el tinte del novísimo tejido estaba la causa. El calor de la sala, en contacto con la nueva seda artificial, hizo que de ésta se desprendiesen invisibles partículas que, enrareciendo el aire, produjeron una especie de intoxicación de los concurrentes

con efectos afrodisiacos absolutamente irresistibles é inconscientes.

Y el final, es mucho más yanki todavía. El cuco del fabricante está loco de alegría porque dice que, sin saberlo, ha dado con un descubrimiento que le va á hacer rápidamente multimillonario.

¡Señor! ¡Que venga á Madrid, aunque sea en monoplano, ese hombre prodigioso de Filadelfia!

Yo le prometo que en seguida se organiza, no uno, sino cien bailes, completamente benéficos. ¡La de «beneficios» que va á haber!

Con una condición, naturalmente: la de que él adorne el local con su nuevo producto de seda artificial con el propio tinte allá empleado.

Y otra suplementaria: que se olviden,



El chulo.—¡Chavó qué parroquia avilles! ¡Vaya un moidisco que tan arreo en la paletilla de-rechal!

por un rato muy largo, de abrir las puertas y ventanas del salón de baile.

Y... ¡pase lo que pase!

Un pequeño REPORTER

FLORES MISTICAS

En el patio sombrío
de la vieja abadía
hay flores

En el patio
donde están las novicias
paseando en silencio,
con las manos unidas
el mirar abatido
y los labios sin risas.
Hay castas azucenas,
cloróticas celindas,
blancos y puros lirios,
fúnebres siemprevivas,
violetas melancólicas,
rosas descoloridas,
nari dos dolientes...

Flores
de belleza exquisita;
pero tristes, tan tristes
como las pobres niñas
que pasan junto á ellas
sin levantar la vista,
con las manos cruzadas
y los labios sin risas.

Es cruel el destino
de esas flores...

Un día
morirán sin que aspiren
las fragancias dulcísimas,
sin que besen sus pétalos
ansiosos de caricias;
sin bañarse en la copa
del placer.

En la orgía
no adornarán el lecho
de amores y lascivias;
no escucharán los cantos
á la diosa Afrodita,
ni del gozar supremo
roncos gritos...

Marchitas
caerán sus pobres hojas
ante la faz sombría
de algún austero santo,
cuando el órgano gima
los cantos religiosos
de cadencias tristísimas
y den los blancos cirios
sus luces amarillas

Por el patio sombrío
de la vieja abadía

contemplando estas flores
pasean las novicias,
tristes y silenciosas,
con las manos unidas,
el mirar abatido



El.—Ahora me fijo en que se te ha hecho más gorda la muñeca izquierdas.

Ella.—Sí; en cambio á ti se te ha hecho más gorda la derecha.

y los labios sin risas.

Hay flores en el patio
de la vieja abadía.

Luis de OTEYZA

Leed en EL LIBRO POPULAR

EL RIVAL

novela completa por
ALBERTO INSÚA

20 céntimos



RAQUEL MELLER

TONADILLERA

El traje con que aparece retratada perteneció á la más famosa cancionista del siglo XVIII, la *divina* Maria Ladvenant. Algunos años después de su muerte, pasó dicho traje á Goya, que lo inmortalizó en uno de sus más famosos lienzos. El último poseedor de ese histórico vestido, erudito escritor contemporáneo, acaba de cederlo á la gentil Raquel Meller, para que lo use

en la *tournee* que va á realizar próximamente por los Estados Unidos, cantando el exquisito repertorio de tonadillas clásicas originales del ilustre maestro Granados y de Fernando Periquet.

¡No van á perderse pocas cabezas *yankees* ante esa maja netamente goyesca!...

Deuda de odio

El ingeniero Federico Alvarez vino desde Tokio á Madrid para matar á su amigo y camarada de colegio Pedro Calzada, con quien anhelaba ventilar una terrible deuda de odio; uno de esos rencores ardientes cuya sed no bastarian á calmar las sangres juntas de dos familias.

Cuando llegó á casa de su rival, éste agonizaba; una Hermana de la Caridad y el médico de la Casa de Socorro de aquel distrito, acompañaban al enfermo. Alvarez exigió ansiosamente detalles precisos acerca de la verdadera situación de Calzada.

— Es necesario salvarle — repetía — cueste lo que cueste. La mitad de mi vida daría por devolverle á ese hombre la mitad de la suya.

El médico, que ignoraba los verdaderos motivos que Federico Alvarez tenía para hablar así, agradeció con un gesto cortés aquellas nobles vehemencias de fraternal amistad, y expuso su diagnóstico: el origen de la enfermedad fué una insolación; luego surgieron complicaciones intestinales con tendencias á la peritonitis; últimamente sobrevino una fiebre infecciosa que derrotaba los remedios mejores. Después se indignó, enumerando las odiosas condiciones higiénicas de aquella habitación: era un tugurio abominable, bajo de techo, húmedo, sin aire y sin sol.

Federico Alvarez escuchaba pasándose ambas manos por la frente, con un gesto inclasificable de desesperación y perplejidad.

Con objeto de evitar al paciente el cheque de una impresión demasiado brusca, la Hermana por consejo del médico, había anunciado al moribundo la visita de un amigo. Calzada murmuró:

— Que pase.

El ingeniero penetró en la alcoba: era un cuarto pequeño, con un ventanuco enrejado abierto cerca del techo y viejas paredes enyesadas, hinchadas por la humedad. Sobre el lecho y en actitud supina, Pedro yacía inmóvil, los blancos y flacos dedos crispados sobre una manta roja: la anemia y el dolor habían pulido su frente; bajo la nariz corva, la línea exangüe de los labios era perceptible apenas; las chupadas mejillas parecían contraerse en un gesto de angustiosa succión. Alvarez murmuró:

—Pedro... ¿me conoces?

El interpelado abrió los ojos y por sus pupilas oscuras pasó un relámpago que luego se trocó en movimiento convulsivo á lo largo de sus miembros.

—Si —repuso— te conozco; recibí tu carta; sé que vienes á matarme... pero, ya ves; no puede ser, llegas tarde... me muero yo solo.

Escuchando á su enemigo, los odios salvajes de Federico Alvarez florecieron.

Es preciso que vivas —repuso—; es necesario que vivas para que yo te mate después.

—Yo —dijo Calzada, cuyas facciones hallaron una repentina expresión de feroz alegría— también quiero vivir. De todos mis tormentos este es el mayor: morirme sin haberte arrancado el corazón.

Hubo una pausa, una gran pausa solemne, durante la cual los dos hombres se registraron con los ojos, apurando en aquella terca mirada todas las fiebres de un rencor mortal.

—Sálvame —murmuró Pedro—; ayúdame á vivir; tú eres rico; llama á los mejores médicos, rodéame de cuidados... y, sobre todo, no te apartes de mi cabecera; nadie sabrá cuidarme mejor que tú. En este caso, tu odio me será más provechoso que el cariño y la ciencia de todos los hombres.

—Si, te salvaré —repitió Alvarez sombriamente—; porque si fallecieses, me mataría el dolor de no haberte matado.

Aquella misma tarde hubo junta de mé-



—Hoy les enseño á ustedes las piernas; en el próximo número les enseñaré el hígado, y verán qué bonito y qué salao lo tengo.

dicos, quienes reconocieron que la situación del enfermo no era desesperada, pues el corazón parecía haber operado durante las últimas horas, una milagrosa y salutar reacción, debida, indudablemente, á un prodigio de voluntad. A cada instante Pedro repetía con voz rencorosa: «Quiero

vivir...» Y aquella afirmación rotunda, inapelable, rechazaba á la muerte. Treinta noches consecutivas pasó Federico Alvarez sin desnudarse ni conciliar el sueño, sentado junto á la cabecera del enfermo, los ojos puestos en el reloj que regía las tomas de alimentos y medicinas: los caldos, los ponches, las unturas, las cataplasmas, los temerosos brebajes que debían ser servidos escrupulosamente y con cuenta-gotas, todo pasaba por sus dedos infatigables, eficaces en su odio como las manos de una madre llena de amor. Durante aquellas horas de soledad los dos rivales, ligados aparentemente por los vinculos de la más fraternal bien cosida amistad, se observaban largamente con ojos en los cuales el agradecimiento que experimentaban el uno por el otro viendo el empeño que ambos ponían en la custodia y defensa de la misma vida, llegaba á obrepujar su propio rencor.

Medicinando á su enemigo, el ingeniero gozaba de un deleite nuevo, inenarrable.

—Bebe —le decía—, bebe y cúrate pronto; cada día te odio más, más... Es un aborrecimiento que, aunque infinito, crece de hora en hora.

Y cuando le friccionaba con las unturas recomendadas por el médico, lo hacía violentamente, poseído de siniestro fanatismo, como queriendo infiltrar de una vez y á chorros por los poros de aquella piel enferma, las energías rencorosas que rebosaban de su cuerpo saludable y juvenil. Calzada, comprendiéndolo así, repetía:

—Gracias, gracias: mi odio hacia ti aumenta también con la vida que me das.

Tras una dolorosa convalecencia, el enfermo pudo levantarse. La alegría de Federico fué indescriptible: él mismo le vistió, llevándola luego cogido por la cintura hasta un sillón, donde le dejó bien sentado, las piernas abrigadas en una manta de



El.—¡Pero vida mía; no te enfades porque de vez en cuando me suba á la parra.
Ella.—¡Sí, sí, de vez en cuando! El día que nos conocimos te subiste á la parra.

viaje, delante de la ventana, bajo un rayo de sol primaveral. Los días pasaban tranquilos, monótonamente. Muchas veces los dos rivales se sorprendían mirándose, y entonces sus labios murmuraban un «te odio», que removía, con emoción gozosa y acre, hasta el fondo de sus almas. Otras, hablaban en voz baja del instante en que podrían soltar la rienda á su venganza, complaciéndose en los sangrientos pormenores de aquella tragedia con

RAON ELLA!



Demetrio

a á la parral...
e á la parral y no te has bajado todavía!

una ufanía superior á toda voluptuosidad.

Todas las tardes, durante medio mes, Pedro y Federico pasearon por los alrededores de Madrid, cogidos del brazo; el convaliente estaba muy pálido todavía y caminaba arrastrando los pies; su salvador le espiaba atentamente, con un amor de tigre, esperando el momento de saberle completamente restablecido, para matarle.

Hacia algunas semanas que Pedro Cal-

zada saltó á la calle solo, montando á caballo, haciendo gimnasia, tirando al florete, ejercitándose asiduamente en toda clase de trabajos físicos. Sus movimientos habían recobrado su antigua soltura, los músculos vibraban ágiles y potentes; torrentes de sangre saludable congestionaban su cuello y sus mejillas. Federico Alvarez le acariciaba los bíceps con embeleso, murmurando:

—Esto ya es otra cosa.

Una noche el ingeniero fué á casa de su enemigo.

—¿Cuándo quieres que riñamos? —preguntó.

—Cuando tú quieras. Ahora mismo. Hace días que me hallo completamente bien.

—Pues, vamos.

—Vamos.

Pedro Calzada corrió los cerrojos de la puerta y, precipitadamente, los dos hombres se desnudaron de medio cuerpo arriba, quedándose en mangas de camisa, sintiendo circular por sus miembros la impresión dulce y refrescante que producen los baños de agua tibia. En su diestra iracundas, los cuchillos brillaron.

—¡Ahora! —gritó Alvarez.

Y lanzando un gran suspiro de gozo, los dos se acometieron.

Eduardo ZAMACOIS

CANTARES BATURROS

Yo me acuesto boca arriba,
pa ver si sueño contigo
y amanezco boca abajo
cada vez que lo consigo.

Ayer me casó tu madre
por verme con tú en la puerta;
mientras me casque por eso,
que me casque lo que quiera.

L. SANZ FERRER

YO, ESPECIALISTA

—X***, ¡un minuto!

Desde la estación anterior traía yo puestos, al alcance de mi mano, los bártulos de viaje, porque mi excelente amigo don Pedro Panadero se había cuidado de advertirme, á este respecto, que el tren no se detenía en el apeadero más que el tiempo suficiente para despachar el correo, y que todo ello se reducía á tirar las cartas

doctor Panadero arrastraba por aquellos andurriales.

— Es mu afamao, señorito. Aquí estamos contentismos con él y en los contornos tiene clientela de lo más floría. De seguro que gana el dinero á espuertas.

Llegábamos al pueblo. Desde el camino se atalayaban sus casitas blancas y achataadas, de un solo piso, esparcidas en torno de una iglesuca escuálida de la que, á duras penas, lograba erguirse un campanario pobretón, en el que se cobijaba una

esquila menor de las que en esta villa y corte suele llevar cierta clase de ganado.

Yo me llicuaba, me deshacía en cábalas sobre cómo podría mi amigo—ganar el dinero á espuertas en aquel terreno herro de vegetación y árido hasta semejar el desierto. Indudablemente las espuertas de aquel pueblo debían correr pareja con las campanas.

Mi amigo vivía en la plaza. Una casa de labranza con zaguán espacioso y empedrado el suelo para dar acceso á las corralizas. En el umbral me esperaba el ama de llaves, una señora pánfila y adiposa, pero muy educada según comprobé desde las primeras palabras.

—Vaya, pues bienvenio. En seguidita acabará don Pedro que tiene uno en la consulta. Tenga usted la bondá de pasar á su cuarto.

Cuando Pedrito salió del despacho, era ya hora de comer. Me abrazó, asegurándome que nunca me pagaría lo bastante mi sacrificio de ir hacerle compañía en aquel destierro una temporada que habría de ser más larga de lo que yo quisiera.

Después comimos silenciosamente, porque yo encontraba á mi amigo muy ocupado.



La señora.—¡Sinvergüenzas; ya he descubierto quién se come los filetes y le saca á usted los cuartos!

El sorchi.—Dizpenze la señora; pero en este asunto maz bien he metío que he zacao.

desde la ventanilla al andén, en cuyo amplísimo recipiente recogíalas el peatón.

Tan pronto puse pie en tierra un aldeano se me acercó y, quitándose el ancho sombrero, respetuosamente, díjome:

—¿Usted es el señor que viene en cá don Pedro?

Y al responderle afirmativamente, continuó:

—Pues, sígame usted que, á la salida, le tengo preparado un buen arre.

Mientras hicimos frente á los dos kilómetros de carretera, mi afable guía púso-me al corriente de la vida que el famoso



— ¡Vaya; y luego dicen que si los hacemos... eso!

— ¿Qué —interroguéle al fin— algún enfermo grave?

— No, ciertamente. El que está en grave situación soy yo. Figúrate que acaba de visitarme el cacique de esta comarca á quien yo lo debo todo, desde el destino hasta la instalación de mi modesto despacho, para lo que hubo de facilitarme recomendaciones y dinero. Pues bien: pretende de mí un imposible. Tiene una querida, la mujer mejor reputada del pueblo, la que mejor guardó las formas de la virtud y de las buenas costumbres; pero ó á ella se le ha olvidado guardar las formas ó la virtud ha perdido la costumbre de que se las guarden... El escándalo va á sobrevenir y es menester atajarlo, y no es el médico personaje «cómplice» de quien se pueda prescindir en estos casos.

Yo le recordé, á guisa de consejo, la solución que á problema tan difícil daban en sus novelas algunos escritores cuando habían de abordar tan escabroso asunto. No obstante, desde la novela á la realidad, media un abismo. Mi amigo no se resolvía á ser criminal, ni tenía, por otra parte, valor para sentar plaza de desagradecido.

Transcurrieron dos días amargos. En cuantos ratos coincidíamos en casa ó en el casino, la conversación versaba sobre el mismo tema. Decididamente mi amigo era un doctor ecléctico y, á la par, irresoluto.

Y yo no sé decir de quién partió la idea; en mi inmodestia creo que fui yo el iniciador. La cuestión fué que yo acepté la difícil comisión de recibir á la virtuosa señora en el despacho de mi amigo, no sin haber antes ponderado mi fama de médico en San Carlos y de especialista en esas cosas, en esos casos...

La pobre mujer lloró, suplicó y hasta me deslumbró con ofrecimientos pecuniarios, mientras mi suficiencia profesional no dejase nada que desear...

Y cuando tomó de mano la cajita de píldoras que habían de verificar «el siniestro» le faltó poco para abrazarme.

— Gracias, señor —balbuceó— muchas gracias.

Las píldoras, preparadas de antemano



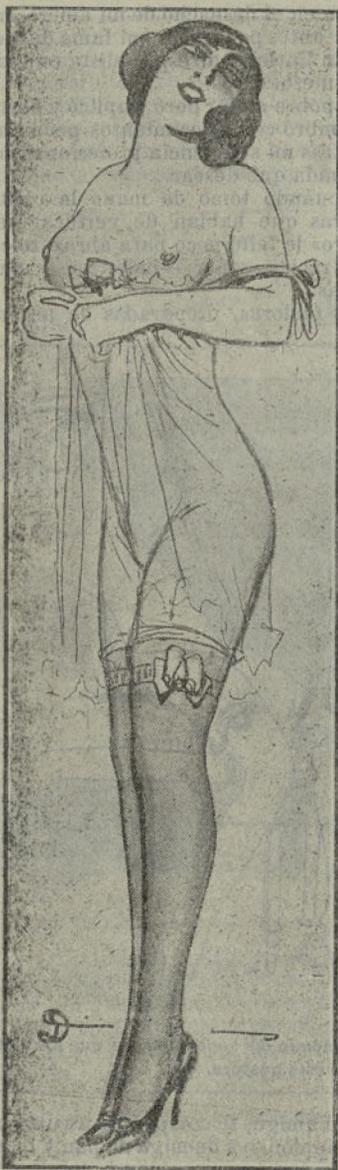
— Desde lo del viejo, siempre que me distraigo adopto esta postura.

por mi amigo, se componían de una «aleación» inofensiva de miga de pan y bicarbonato, más miga que bicarbonato. Y el responsable del conflicto, en suma, sería yo á quien mi amigo había cedido el puesto respetando mi especialidad...

Al siguiente día emprendí, precipitada-

mente, el regreso. Declaro, noblemente, que, á medida que me alejaba, el pueblo

se me antojaba mayor, sus casas parecíanme palacios y sus labradores gigantes...



—¡Y pensar que este cuerpo se lo va á comer la tierra, habiendo tantos hombres con ganas de morder!...

Mi amigo, el grave doctor Panadero, acaba de llegar de X***.

—Horrorizado, chico, horrorizado —me dice tan pronto me tiene vis á vis. Mañana viene tu clienta que como anuncio de su visita te envía, por mi mediación, esta caja de habanos. A los cuatro días de tu tratamiento, quedó libre de estorbos... ¡Te digo que estoy horrorizado!...

Sin duda fué obra de auto-sugestión. Preocupada y dispuesta á los efectos de la medicina, la mujer se puso en trance de seguir representando su papel de virtud mo-lelo.

Mi amigo me llama compañero desde este momento y yo he planteado una enorme cuestión á la medicina y he sembrado una incertidumbre trágica en las lectoras que, sometidas á tratamientos reales, sospecharán, en lo sucesivo, si sus componentes serán fules y por auto-sugestión también no les producirán otro efe to que el de la miga de pan y el bicarbonato tomados por lo que son, tal y como se sirven en la mesa cotidianamente...

César JALÓN

“El lao izquierdo,”

El martes se estrenó en el Teatro Martín una cosa muy linda, muy bien sentida y perfectamente interpretada que se titula *El lao izquierdo*.

Con decirles á ustedes que la letra es de Federico Gil Asensio y la música de los maestros Aroca y Roig, está hecho todo el elogio y perdone el lector nuestra inmodestia al alabar la obra de gente tan allegada á LA HOJA DE PARRA.

El público aplaudió con entusiasmo la producción de Gil Asensio, Aroca y Roig, y los tres, en unión de los artistas, salieron á escena quince ó veinte veces.

¡Queda, pues, demostrado que los chicos de LA HOJA DE PARRA lo mismo hacen un chiste sicalptico, que se escriben una zarzuela ó se componen un paso doble!

Por falta de tiempo, no damos los retratos de los tres, que son más guapos que tres soles ¡palabra!

Los dos papás

—La pobre señora —señora, sí; ¿por qué no?— me lo contó todo con lágrimas en los ojos: de los míos empezó a brotar muy pronto un raudal de líquido, como de los limones cuando los exprimen.

La cosa no era para menos: oigan ustedes:

—Me encontré sola, completamente sola, y con una hija de tres meses sobre mi falda. ¿Qué hacer? Por dinero no me apuraba: tenía tres mil pesetas en uno de los cajones de mi cómoda, y un talonario de cheques del Crédito Liónés, en el otro cajón, de manera que, en caso de apuro, con echar mano á los cajones se salvaba todo. Pero nunca como entonces comprendí la verdad que se encierra en aquella frase *no sólo de pan vive el hombre*, que han inventa lo ustedes los intelectuales.

—Señora, no hemos sido nosotros los inventores de...

—Bueno, me es igual. Continúo: Aquella hija tenía una madre: una servidora de usted; pero, necesitaba un padre.

—¿No lo tenía?

—Debí tenerlo, pero yo, en aquellos momentos, no lo conocía.

—La emoción le impedía á usted recordar acaso...

—No, no; ni con emoción ni sin ella, podía yo saber...

—Señora, pues... si usted no lo sabía es difícil que persona alguna lo supiese.

—Así lo comprendí en un instante de clarividencia. Y, fríamente, sin rodeos, me planté á mí misma la cuestión... Esta hija mía, me dije, tiene... veinticuatro padres posibles. Sí, se lo juro á usted, aunque el vulgo nos calumnie creyendo otra cosa, las mujeres de nuestro oficio no llegamos nunca á conocer más de veinticuatro hombres en una semana.

—Ya ve usted, y hay quien habla de batallones enteros pasando en una noche por ciertos desfilaros.

—Pues bien; de mis veinticuatro amigos —pues yo sé bien cuándo empecé á sentirme madre— elegí dos: los que me parecieron más acaudalados, pues ya comprenderá que una madre puesta á elegir padre para su hija no va á dar la prefe-



—Los gatos me gustan con delirio; ahora bien, los mininos viejos son muy hurafios. ¡Pero en cambio las mininas jóvenes!...

(Dibujo de Afrodita.)

rencia á un mendigo ó á un banquero arruinado.

—Señora, aunque no he sido nunca madre, sé muy bien los heroísmos de que una madre es capaz.

—Los dos hombres elegidos por mí tenían el bolsillo lo suficientemente amplio para no considerar como una catástrofe el nacimiento de una hija á quien agradecer y mantener. Por correo les mandé á los dos el siguiente aviso: «Eres padre de

una hija: la madre soy yo: no quieras saber más.»

—Es bastante. Pero dice usted señora, que mandó el aviso á los dos...

—Por si acaso fallaba uno; ¡no ve que yo conozco el corazón humano!

—¡El corazón y otras visceras!...

—¡Ay, Dios mío! ¡Fué mi perdición!
¡¡Pobre hija mía!



El.—¡Pero, mujer, ten en cuenta que pareces un niño cuando le dan algo dulce; no haces más que decir: ¡más, más!... y yo no puedo más!...

—Ya me figuro lo ocurrido: no contestó ninguno.

—¿Ninguno?... El mismo día, y á la misma hora, se plantaron los dos en mi casa, con el propósito de conocer á su hija y abrazarla.

—¡Cielos! Y ¿qué hizo usted?

—Al principio, nada; después... me desmayé en los brazos de mi doncella.

—Pero el desmayo no era una solución.

—Claro que no. Con habilidades, de que ahora mismo no me doy cuenta, metí á cada uno de aquellos hombres en dos habitaciones distintas de la casa; cogí á la niña y la enseñé primero al uno y luego al otro. La abrazaron, lloraron sobre ella, y... antes de marcharse le entregaron un recuerdo en billetes de Banco que yo me apresuré á guardar en el sitio de honor

de mis recuerdos... Después, como si el diablo inspirase á los dos las mismas ideas, ambos me pidieron un retrato de la criatura...

—Y usted...

—¡Qué iba á hacer! Felizmente, pocos días antes, Kaulak le había hecho una docena de retratos á la hija de mi alma; cogí un par y entregué uno á cada padre.

—Muy bien. Y ¿dónde está el conflicto?

—¿Que dónde?... Aquellos dos tíos se hicieron amigos en el portal mismo de mi casa y, como los hombres son ustedes tan chismosos, se enseñaron los retratos de sus nuevas hijas.

—¡Tableau!

—Cuando se presentaron delante de mí blandiendo sendos retratos, y pidiéndome explicaciones de aquella burla...

—Se desmayó usted otra vez...

—No, señor; tuve que decirles que mi parto había sido doble, que aquellas criaturas eran gemelas, y por eso se parecían tanto.

—Fué una buena idea.

—Sí, pero incompleta; porque luego he pensado que hoy mi hija podía tener cinco padres. Usted sabe que hay mujeres que tienen cinco hijos de una vez.

¡Joaquín BELDA

UNA INSINUANTE

Han de saber ustedes, bellas y gentiles lectoras mías que me gustan las mujeres á perecer y, que como Julio, el simpático protagonista de «El Genio Alegre», no voy de aquí á la acera de en frente si no es por unos ojos gitanos. Pero, aquí para internos, soy la apatía andando y además un terror invencible á una repulsa, me cohibe á manifestar mis amorosas ansias. ¡Ay, si yo fuera un frescales! Con lo ansioso que soy iba á batir el record del erotismo.

Por los motivos que he tenido la ingenuidad de exponer en el exordio, necesito de una compañera (en esto del amor soy socialista) que sea una gloria, y que agite la laguna de mi pereza, para decidirme á mojar me en el Rubicón. Que las hay, las hay, la cuestión es dar con ellas y... va de cuento.

Venia yo de Cádiz para la coronada villa, acomodado en el más solitario depar-

tamento de un coche de primera del correo, cuando al anochecer y en uno de los pueblos de la provincia de Ciudad Real, vino á compartir mi soledad una tontería de mujer, de esas que Dios ha echado al mundo para que se le ponga á uno gorda la sangre.

Pasados los consiguientes achuchones y besuqueos de las amigas y abrazada que fué por un tipejo rechoncho y de faz rabi-cunda, de vestido obscuro con pintas, aguardó á que arrancase el tren para fijarse en mi tímida humanidad. ¡Qué ojos! ¡¡Cielo santo, qué ojos! Bajo aquella mirada acariciante y felina se le subía á uno un fuego á la cara, que vamos, seguramente debía estar yo como un tomate, porque noté que la grandísima reladrona se sonreía, mientras arreglaba en la red una sombrerera y el neceser

Yo pensé varias veces decirla algo, pero me pasé más de un cuarto de hora garrapeando, sin que mis labios modulasen una galantería.

La maravillosa criatura, recogidita en su asiento al otro extremo del vagón y frente á mí, leía un librito y de vez en cuando me lanzaba una mirada rápida, que me alucinaba como el fulgor de un relámpago. Total, que aquella huri me tenía más atontoliao que un jilguero cazado con farol. Y yo sin decidirme. Me sentía febril por el deseo, pero mi falta de audacia, me tenía en el más absoluto mutismo.

¿Le agradaría á mi bella compañera ser galanteada en semejante situación? ¿No la parecería un atrevimiento imperdonable mi declaración y me armaría un escándalo? Nada; mi eterna cobardía, mi poquedad innata, mi idiosinerasia, me restaban el poder, tal vez, saber de la tibia humedad de aquellos labios, rojos y frescos, como clavel abierto en la mañana.

La noche avanzaba y ella, en vista de mi poca amabilidad, decidió aprovecharse de lo ancho que viajábamos, para tenderse á lo largo del asiento y dormirse de cansancio y aburrimiento. Se arregló los pliegues de la falda de modo que cubriesen completamente sus lindos y breves piecitos, apoyó la cabeza en uno de los brazos de la tapicería, cerró los ojos y, á los pocos momentos, su seno exuberante se agitaba en los movimientos acompasados y tranquilos de un tranquilo sueño. Pero sí, sí, ríanse ustedes de la tranquilidad; aquella mujer debía ser en extremo nerviosa, porque daba muchas vueltas en su dormir. A causa de estas vueltas, be-

saban los mortecinos rayos de la parpadeante lámpara los contornos de la más bien formada y torneada pantorrilla que han contemplado mis ojos pecadores. Calzado el menudo pie por un juguetillo de charol, velado á medias el nacar de la carne por la seda transparente y tersa, adaptada á aquellas morbideces de tentación, distendidos sus puntos en las partes más llenas, mostrábase descubierta hasta

AL EMPEZAR EL RETRATO



La vieja. — ¡Ay, no tendrá usted alguna flor, quiero que me ponga usted algo entre los senos!...

El pintor. — ¡Como no le ponga á usted una piernal!...

la liga. Y yo inmóvil de estupor y de ansias. Al fin por no contemplar más aquello que me turbaba, y para evitar el tener que turbarme más, decidí recostarme en mi asiento y cerrar los ojos. Pero no podía ser, aquel panorama me obsesionaba y extasiado le contemplaba con los ojos entornados, á través de mis pestañas. Y entonces fué cuando sucedió lo excéntrico, lo raro del caso.

La bella durmiente, pensando que yo estaría en el quinto sueño, se incorporó; me lanzó una mirada de reconcentrado desprecio y la oí murmurar con ronca voz: ¡¡Este hombre es el casto José! ¡Qué imbécil, ni así se atreve!

Sentí cómo un latigazo, y sin saber cómo ni cuándo, de un violento impulso, me hallé al lado de aquel prodigio de geometría curvilínea, busqué sus labios cálidos y húmedos, que me correspondieron con avidez de calentura, y me sentí estrechado por unos brazos suaves, lánguidos, perfumados como cadena de flores...

Creo que logré hacer modificar su opinión respecto de mí.

Así es como hago yo mis conquistas, conque, bellas y gentiles lectoras, si hay alguna que se insinúe...

N. SAN JOSÉ

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, matuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.

Leed en EL LIBRO POPULAR

EL RIVAL

novela completa por

ALBERTO INSÚA

20 céntimos

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.

F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.